abia fir mado la institucion de la guardia cívica? ¿Que disentimientos habrian tenido lugar entre él y el Papa? Solo despues de algun tiempo conocieron la clavé de este enigma, cuya solucion hizo ver al pueblo romano lo que era, y lo que podian haber esperado de su ídolo.

CAPITULO VIGÉSIMO SEPTIMO.

Monseñor Grassellini, gobernador de Roma.=Sus opiniones. Su principal agente Nardoni.=El espia Minardi.=Lucha sorda de las autoridades administrativas contra el Papa.=El coronel Freddi colocado á la cabeza de la gendarmeria.=Complot.=Romañoles llamados á la ciudad.=Uno de ellos, encargado de asesinar á Ciciruacchio, se lo avisa.=Querella de los cocheros.=Amenaza de Nardoni.=El Capo popolo y sus amigos en el convento de los teatinos.=Ventura en el Quirimal.=Sorpresa de Pio IX.=Aleja á los gefes del movimiento reaccionarioo y previene la conjuracion.

Una oposicion mas perniciosa que la resistencia de Gizzi, porque obraba en silencio, amenazaba á la obra y á la persona de Pio IX. Aunque el antiguo personal administrativo habia sido conservado en su mayor parte, habia sido necesario hacer apresuradamente algunas nuevas elecciones, y por consecuencia sin un profundo conocimiento de las personas. Así es que se habia nombrado gobernador de Roma á monseñor Grasellini, partidario acérrimo de Lambruschini y de las ideas austriacas, y que no habia aceptado aquellas fun-

ciones sino con la esperanza de servir mejor á sus principios.

Grassellini era tanto mas peligroso, cuanto que sus opiniones eran el resultado de una conviccion profunda. Un gobierno que no empleaba ni fondos secretos, ni espias ni gendarmes, estaba á sus ojos por lo menos muy comprometido: para el no significaba nada la fuerza moral. Aquellos movimientos populares, aquellas manifestaciones espontáneas de una agitacion amorosa, como las habia calificado el padre Ventura, eran para el, de desorden, de rebelion, de motin, era pues preciso salvár al Papa del peligro de sus ilusiones. Tal era el juicio que Grassellini tenia del nuevo órden de cosas. Se rodeaba naturalmente de hombres que pensaban como él, y poco tiempo despues de su nombramiento, las autoridades administrativas de la ciudad se declararon en lucha abierta con el Papa.

A la cabeza de los agentes de Grassellini estaba un tal Nardoni gefe de la policia romana, que habia servido en tiempo del cardenal Lambruschini, que despues de haber sido destituido y echado de la ciudad por mandato de Pio IX á principios de junio, habia vuelto clandestinamente y continuaba ejerciendo sus funciones. Aquel hombre, con la ayuda de un espia llamado Minardi, habia llegado á reconstituir la antigua policia, y para estar á punto de dar un golpe de mano reaccionario no les faltaba mas que disponer de la fuerza pública.

El gobernador alteraba el sentido de las órdenes que le transmitian; la policia por medio de vejaciones,

suscitaba todos los dias turbulencias en la ciudad. Cuando un ciudadano pedia justicia.—Id á buscar á Ciciruacchio ¡le respondian, ese es el gefe del pueblo y no nosotros! Roma, tan unida, tan tranquila al principio del año, estaba inquieta y agitada: El gobierno no funcionaba ya.

Un acontecimiento preparado hacia mucho tiempo vino á completar las disposiciones del partido reaccionario. Un tal Freddi, mariscal (coronel) de la gendarmeria de Bolonia, fué puesto á la cabeza de la de Roma. Freddi era conocido generalmente como enemigo de Pio IX y como hechura de Lambruschini; era evidente que aquel nombramiento habia tenido lugar con objeto de favorecer los designios de Grasellini y de Nardoni. Una vez dueños de la gendarmeria romana por su nuevo gefe podian ya obrar.

En el dia no cabe duda alguna de que en medio de aquellos elementos absolutistas, que poco á poco habian ido reuniendo en sus manos todas las influencias, todos los poderes, tanto militares, como municipales y de policia, se tramó un complot serio en el que tubieron entrada toda clase de personas.

Se acercaba el 17 de Julio aniversario de la amnistia. El pueblo queria celebrar con una gran fiesta aquel solemne dia. Un banquete de millares de personas debia tener lugar en una de las plazas públicas. La conjuracion estaba dispuesta: aquel era el dia señalado para que estallara.

Se convino en que por diversos motivos se alejaria á toda la tropa de linea, y que la gendarmeria

solamente haria el servicio de la guarnicion; que se harian venir dos mil Romañoles, cuyo fanatismo se escitaria por medio de una buena gratificacion y por frecuentes libaciones: y en fin, que mientras tenia lugar la funcion del 17, un agente disfrazado dispararia sobre un carabinero, y que á favor del desorden y de la confusion que este atentado debia producir, se apoderarian de la persona del Papa, y lo encerrarian en una capital de provincia. Creemos poder asegurar que el plan no era desconocido ni de la embajada de Austria ni de la de Francia. Desde el 1.° de Junio, un número considerable de Romañoles, recorrian la ciudad, vanagloriandose de haber sido llamados para hacer entrar en razon á los Romanos y para librar á Pio IX de las cadenas con que le sugetaban los enemigos de la Iglesia. Por la noche se reunian en las posadas de los arrabales, agentes diestros reanimaban alli su celo, exaltaban su fanatismo, y les daban instrucciones. Los principales partidarios del Papa eran los primeros que debian sucumbir bajo sus golpes. Los asesinos habian sido elegidos; llevando cada uno de ellos el nombre de la persona á quien debia asesinar.

Entre aquellos montañeses, groseros y fanaticos se encontraba un pariente del viejo á quien Ciciruacchio habia socorrido algunos dias despues de la amnistia. Por una casualidad providencial, aquel hombre debia asesinar al Capo popolo. Al saber el Romañol que estaba destinado á matar á aquel á quien tantas veces habia oido bendecir en las veladas de la choza, fué

asaltado por un violento remordimiento. Disimulando sin embargo aquel buen sentimiento, que podia perderle en el estado á que habian llegado las cosas, procuró buscar á Ciciruacchio por todas partes, para advertirle la suerte que le esperaba.

Angelo Brunetti estaba ocupado entonces en conciliar una grave cuestion que existia entre los cocheros de los carruages de plaza. La mala cosecha del año anterior habia atraido á Roma una infinidad de montañeses de los Abruzos que ejercian la profesion de cocheros. Los de la ciudad, espantados por una concurrencia que se aumentaba todos los dias, habian resuelto prohibir el ejercicio de su oficio á los estranjeros. Siempre que veian á un Abruziano sobre el pescante de un coche, le insultaban, le amenazaban, y mas de una vez, habia corrido la sangre. La policia que no tenia mas que un objeto, que era el de aumentar el desorden, veia con placer aquellas disputas, y las provocaba por bajo de cuerda en lugar de reprimirlas. Ciciruacchio unicamente fué quien consiguió reconciliarlos; y cuando volvia de haber concluido esta grande obra, un hombre, en traje de Romañol le salió al encuentro y le preguntó si era el famoso Capo popolo romano?

—Yo soy, respondió Ciciruacchio; que tienes que decirme?

—Tengo que decirte que debes ser asesinado el 17 durante la fiesta!

—Gracias amigo! Si los que te envian te han pagado para asustarme, puedes decirles que les robas el dinero.

—Nadie me envia, y sé quien es el encargado de matarte.

—Y quien es?

—Yo!

—Ah! dijo Ciciruacchio avanzando un paso. Entonces haz tu oficio si puedes! A Dios.

El paisano le detuvo por su vestido y le dijo:=Sino temes nada por ti, piensa en tus amigos! no estás tu solo amenazado!

El dia en que pasaba esto era el 10 de Julio. Al dia siguiente Ciciruacchio recibió un segundo aviso anonimo, en el que se encontraban los nombres de los conjurados y el plan de la conspiracion. Angelo leyó el papel; pero no pudiendo creer en tanta audacia, lo estrujó convulsivamente entre sus manos y fué á reunirse con la multi-ud que se hallaba en la plaza del palacio de Venecia. El pueblo esperaba alli la traslacion de la estatua que de Pio IX se habia hecho con objeto de ornar el sitio en que iba á tener lugar el banquete del dia 17. Imposible seria describir la animacion de aquella multitud; baste solo decir, que mas de treinta mil espectadores presenciaron entusiasmados aquella funcion nocturna.

Eran las diez. La estatua acababa de ser colocada sobre su pedestal, y Ciciruacchio, antes de retirarse á su casa, se habia detenido con algunos amigos delante del cafe Nuevo, cuando Nardoni, el gefe de la policia, acompañado de algunos agentes, pasó por aquel sitio. Al llegar junto á Ciciruacchio y sus amigos, cerró el puño, y dijo amenazandoles:

—Gozad de vuestros restos! Dentro de ocho dias os haré clavar á todos á la puerta del gobierno.

A esta amenaza, el grupo de obreros quiso arrojarse sobre Nardoni, pero Angélo, deteniendolos, respondió al gefe de la policia:

—Miserable! sigue tu camino, y da gracias á Pio IX. Viva Pio IX!

Este grito, signo de reunion para la multitud, hizo en Nardoni el efecto de un exorcismo; y desapareció inmediatamente.

Sin embargo, aquel violento insulto del gefe de la policia fué para Ciciruacchio un rayo de luz. La confianza del paisano Romañol, y el escrito anónimo que habia recibido aquel mismo dia vinieron á su memoria. Comprendió que aquellas amenazas de muerte, aquella lista, aquel plan de conjuracion, no eran imajinarios. Corrió al instante á casa de los gefes populares de los diferentes cuarteles; muchos de ellos habian recibido avisos del mismo género; todos estaban espantados de la insolencia de los empleados de policia, y del considerable número de personas que vagaban por las calles de Roma sin ocupacion alguna. Que hacer? Esperar el acontecimiento. Dejar á los enemigos de Roma que se quiten la mascara para conocerlos y anonadarlos? Pero el pueblo está sin armas, sin organizacion, sin defensa, y los conspiradores disponen de la fuerza pública. Ciciruacchio y y sus compañeros deciden que vale mas prevenir el complot. En todo caso, los que la voz pública designa como culpables no son otros que el cardenal Lambrus-

chini, el gobernador Grassellini, Nardoni, Minardi y Freddi. Deliberan, toman un partido desesperado; pero antes de ponerle en ejecucion, Ciciruacchio propone ver al predicador popular, al amigo del Papa, al pastor en quien todos ellos tienen mas confianza. Adoptan su proposicion, y doce hombres le acompañan al convento de los Teatinos,

Las once acababan de sonar, y la comunidad dormia ya, cuando los reiterados aldabonazos de la puerta del convento despertaron al portero de él. Este, despues de haber hablado largamente con Ciciruacchio se decidió á abrir; pero lleno de espanto á la vista de aquellos hombres mal vestidos, reunidos á semejante hora á la puerta del convento, emprendió á huir dejándoles á oscuras. Ciciruacchio que conocia aquel terreno los guió á todos hasta la puerta de la celda del padre Ventura, donde se detuvo y llamó.

El ex-general de la órden no se habia acostado aun; al oir la voz del Capo popolo, se imaginó que pasaba alguna cosa extraordinaria y abrió apresuradamente.

—Qué es esto? tanta gente.....ála mitad de la noche! que sucede?

Mi reverendo padre, respondió Angelo Brunetti, mañana mataremos á cinco personas! Venimos á advertiroslo para que se lo hagais saber al Papa.

—Matar á cinco personas!...vosotros!...desgraciados!... Como quereis que vaya á destrozar el corazon de Pio IX dándole esa horrorosa noticia?

—Sino los matamos, padre mio, ellos nos mata-

ran! nos degollarán, y no solamente á nosotros, sino á nuestros hermanos!.....al pueblo entero! y quien sabe, mi reverendo padre, si despues de nosotros sucumbireis vos y el Papa!

Ciciruacchio refirió entonces todo lo que le habia sucedido desde la vispera: el aviso del Romañol, el insulto de Nardoni y las cartas anónimas que él y sus amigos habian recibido, y que se las enseñaron.

—Veo, dijo el padre Ventura, despues de haber escuchado con mucha atencion, que vuestra indignacion es ligítima; pero habeis elegido un remedio peor que el mal. Prometedme no hacer nada hasta conocer las intenciones de Pio IX. Corro al Quirinal; mañana al rayar el dia, que venga uno de vosotros yo le transmitire la orden del Santo Padre.

—Ciciruacchio y sus compañeros prometieron esperar hasta el dia siguiente y se retiraron; el padre Ventura se dirigió al momento á Monte-Cavallo.

Cuando el teatino pronunció delante del Papa el nombre de Nardoni:=Como! esclamó este, ese miserable está aquí aun? Estais seguro de que el Capo popolo no se habrá engañado? Hace mas de un mes que he mandado que saliera de Roma.

—Todavia está aquí, Santo Padre, estad seguro de ello. Como quereis que un romano no conozca al monstruo que hace quince años que es el azote de la ciudad?

—Pues bien, dijo el Papa, tranquilizad á Ciciruacchio y á sus amigos; decidles que al rayar el dia todos los peligros habrán desaparecido, que les doy las gra-

cias por la confianza que han tenido en vos, y que les suplico que no hagan nunca nada sin consultarme.

Nardoni partió en efecto aquella misma noche, Grassellini al dia siguiente. Lambruschini tres dias despues, y en cuanto á los otros abandonaron la ciudad sin aguardar la orden para ello.

CAPITULO VIGÉSIMO OCTAVO.

Situacion crítica de Roma.=Ciciruacchio y los carabineros.=La gendarmeria fraterniza con el pueblo. =El espia Minardi descubierto y perseguido.= Se encierra en un oratorio.=El pueblo le cerca allí. =Ventura, les predica desde las escaleras de una iglesia.=Concluye por enternecer al pueblo, que le acompaña á su convento.=Minardi huye á Florencia.

Roma no supo el peligro que habia corrido sino por las precauciones tomadas para preservarla de el. Entonces la imaginacion, como sucede siempre, aumentó el riesgo. La mas grande consternacion reinó en la ciudad el dia 12. Los espíritus previsores temblaban por el porvenir. El ministerio estaba tan desorganizado como la policia. Un número considerable de empleados habian huido ó se habian ocultado; la mayor parte de los oficiales de las tropas habian sido destituidos como complices de la conjuracion, y no podian ser reemplazados de la noche á la mañana. La fuerza pública privada de sus gefes era un instrumento inutil ó perjudicial. Quien podia decir si los soldados habian permanecido estraños á los proyectos de sus gefes?

Todos los ojos estaban fijos en Ciciruacchio. Desde que el era universalmente designado y seguido como el Capo popolo romano, los gefes de los diferentes cuarteles habian contraido la costumbre de dirigirse á su casa á la menor noticia. El 13 por la mañana, Ciciruacchio, rodeado de sus lugartenientes, resolvió asegurarse de las disposiciones de los carabineros y de la gendarmeria de Roma, que mandaba la vispera el coronel Freddi. Los carabineros eran reputados como el cuerpo mas hostil á las libertades populares; pero, sea que sus simpatias secretas fuesen contrarias á lo que publicamente se les hacia representar, sea que la actitud de Roma y la fuga de su comandante los hubiesen cambiado, el resultado es que cuando vieron llegar á Ciciruacchio rodeado de sus lugartenientes y de una porcion de personas del pueblo, bajaron sus armas. La multitud gritó: Vivan los carabineros! y ellos contestaron: Viva el pueblo! Viva Pio IX.

La paz estaba hecha. Para sellar aquel tratado de alianza entre la ciudad y la fuerza armada, se abrazaron como hermanos; cada ciudadano se unió á un soldado, y aquellas parejas de nuevos amigos se pasearon por la ciudad, entraron en las casas, fraternizaron en las mesas, y bebieron por todas partes en el mismo vaso.

Aquella fraternizacion ocupó á los romanos todo el dia 13 y parte del 14: Roma sin embargo no olvidaba aun sus resentimientos

En la noche del 14, un hombre del pueblo, saliendo de repente de un grupo, empezó á correr gritando

que acababa de ver pasar al espia Minardi. Minardi era execrado; era el agente mas diestro de la antigua policia, el que habia denunciado ó arrestado con su propia mano á casi todos los ciudadanos perseguidos en el último pontificado. Su nombre habia llegado á ser, en boca del populacho, sinonimo de la injuria mas grosera. Hacia dos dias que aquel miserable, cambiando de disfraz huia de una parte á otra, no considerandose seguro en ningun sitio.

Apenas oyeron el grito del paisano, cuando todos los ojos se dirigieron al lugar que él indicaba. Mil gritos de maldicion y de venganza le responden; por todas partes se dirigen en persecucion del fugitivo. Minardi seguia la calle de la Merced; vuelve á la derecha y viendo entre-abierta la puerta del oratorio que está en frente de S. Andres delle Frate, se precipita en él, cruzando por dentro las barras de hierro y echando los cerrojos.

Los que le perseguian, habiendo perdido repentinamente sus huellas, se imaginaron que habia encontrado asilo en los alrrededores. Por temor de que se escapara, rodearon el cuartel de un triple cordon de centinelas; ocuparon los balcones con hombres armados de teas, y registraron las casas. Bien pronto descubrieron las huellas del fugitivo por la resistencia que encontraron en la puerta del oratorio: llevan escalas, y se disponen á entrar por las ventanas. Pero Ciciruacchio, que no habia olvidado la leccion del convento de los Teatinos, se dirige con una veintena de hombres adictos á buscar al padre Ventura.

—Venid! venid pronto, padre mio! le dice: *el pueblo Romano va á causar un disgusto á Pio IX!* El teatino que estaba ya medio desnudo, se puso su correa y su hábito cogió apresuradamente su crucifijo, y siguió á Ciciruacchio. El religioso penetró entre la multitud, ayudado por Angelo y sus amigos, que le servian de guardias de corps y le abrian paso. Por los sitios en que la muchedumbre estaba mas furiosa ó mas compacta los bravos compañeros del Capo popolo se acercaban al religioso y le decian: »Padre, no tengais miedo, nosotros estamos aquí!» Llegó junto á la puerta del oratorio, cuando los mas determinados la golpeaban con una viga arrancada de una casa medio demolida; el padre Ventura subió á las gradas de la iglesia que está enfrente, y esclamó desde alli con una voz de trueno:—Amigos mios! mis buenos amigos! la Iglesia y Pio IX no quieren ser defendidos, ni cometiendo asesinatos, ni derramando sangre.

A aquella voz tan conocida, cesaron los golpes; todos los ojos se volvieron hacia las gradas de S. Andres, tribuna improvisada donde se colocó el predicador energico, el amigo del Papa y del pueblo! Habla, lamenta el estravio de los furiosos; les amenaza con la colera celeste, y para enternecer sus corazones, levanta sobre sus cabezas la imagen de Dios crucificado. Aquel sagrado emblema del perdon, desarma á algunos, pero el mayor número, despues de haberse santiguado, vuelve de nuevo á su interrumpida tarea. El teatino se ve precisado á precipitarse en medio de ellos, llamando á los que conocia por sus nombres, hablando á

todos de su adhesion al Papa á quien quieren llenar de dolor, y del honor romano que quieren empañar. Aquella lucha moral duró parte de la noche. Por fin, hacia las dos de la mañana, el auditorio enternecido, subyugado por la elocuencia del apóstol, consistió en dispersarse. Para asegurarse de que aquella buena resolucion seria puntualmente ejecutada, el teatino esclamó con una voz tremula mas de emocion que de cansancio:

—Amigos mios, mi convento está distante; la noche no está muy segura, quien me acompañará?

=Todos, respondió la multitud.

=Pues bien, abrid la marcha!

=Ah! ah! el reverendo desconfia de nosotros, dijo riendo Frittata, el gefe del cuartel de los Monti. Despues dió el ejemplo cantando, y todos le siguieron.

Minardi abandonó á Roma, y no se detuvo hasta Florencia.